

**Carlos GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, *Alhajas para Soberanos. Los animales reales en el siglo XVIII: de las leoneras a las mascotas de cámara*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2011, 447 págs., I.S.B.N.: 978-84-9718-639-1.**

Antonio Calvo Maturana  
Universidad de Alicante  
[antonio.calvo@ua.es](mailto:antonio.calvo@ua.es)

Salvo contadas excepciones, el estudio de las relaciones entre el ser humano y los animales ha despertado poco interés en la historiografía española; algo asombroso si tenemos en cuenta que –sin olvidar los “parentescos” prehistóricos– hombres y mujeres de todas las épocas han convivido con el resto de seres vivos, a los que han utilizado para alimentarse y para trabajar, además de como compañía e incluso como objeto de adoración. La mencionada carencia de investigaciones españolas sobre este tema se hace aún mayor en comparación con la notable cantidad de trabajos firmados por nuestros colegas norteamericanos, ingleses o franceses, menos cohibidos quizás por la tradicional solemnidad de la Historia y por el miedo a la etiqueta de lo “anecdótico”.

Prueba innegable de que estos estudios no sólo son interesantes, sino necesarios, la tenemos en *Alhajas para Soberanos*, una obra que culmina la valiente e innovadora línea de investigación que su autor, Carlos Gómez-Centurión, había emprendido en los últimos años, y que fue precedida por una serie de artículos publicados en revistas nacionales e internacionales<sup>1</sup>. Se trata de un apasionante trabajo que se ocupa de la relación de la Familia Real española con los animales a lo largo del XVIII sin rehuir en absoluto una contextualización cronológica y espacial mucho más amplia (la introducción y el epílogo son buen ejemplo de ello). A lo largo del libro podemos apreciar el amplio trasfondo histórico que puede ofrecer la investigación sobre los animales en materia de historia cultural (Corte, ciencia, literatura o cultura popular) o en términos de vida cotidiana dentro y fuera de Palacio.

---

<sup>1</sup> Es el caso de: “Exóticos pero útiles: los camellos reales de Aranjuez durante el siglo XVIII”, *Cuadernos dieciochistas*, 9 (2008), pp. 155-180; *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, 35, 1, art. 6 (2011), disponible en <http://digitalcommons.asphs.net/bsphs/vol35/iss1/6>; “Treasures fit for a king. King Charles III of Spain’s Indian elephants”, *Journal of the History of Collections* (2009) pp. 1-16; “Los animales de América y Filipinas en la ménagerie real durante el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, 66, 2 (2009), pp. 181-211; “Exóticos y feroces. La Ménagerie Real del Buen Retiro durante el siglo XVIII”, *Goya*, 326 (2009), pp. 3-25; y “Chamber Animals at the Spanish Court during the Eighteenth Century”, *The Court Historian. The International Journal of Court Studies*, 16, 1 (2011), pp. 43-65.

El coleccionismo de animales exóticos fue para los reyes de la Edad Moderna un vehículo de prestigio, una forma de ostentación del poder, ya que sólo a ellos se podían permitir conseguirlos y mantenerlos. Obtenidos por encargo o por el regalo de un súbdito abnegado o de otro soberano, los monarcas europeos usaban a los animales más feroces para organizar peleas en el contexto de los fastos cortesanos y a los más exóticos para sus gabinetes de curiosidades. Hemos de encontrar el primer gran albergue zoológico en la *ménagerie* de Luis XIV, una más de las estrategias de prestigio cortesano del “Rey Sol”. La Monarquía Hispánica no fue en absoluto ajena a este fenómeno, fomentado por la cantidad de especies desconocidas en Europa que puso a su disposición el “descubrimiento” y conquista de América.

Pero la ostentación, el divertimento circense y la caza no fueron los únicos fines de la realeza para acercarse a los animales. A lo largo de la Edad Moderna se produjo un cambio en la percepción humana del resto de seres vivos, algo que podemos apreciar en el siglo XVIII. El abandono de las peleas de animales feroces y las voces ilustradas en contra de las corridas de toros demuestran una nueva sensibilidad motivada por varios factores, entre ellos: la recuperación de la sensibilidad clásica contra el maltrato a toda especie, la sustitución del concepto de bestia por el de ser vivo biológicamente catalogable, o el derrumbamiento de la imagen bíblica del hombre como centro de la creación.

Las corridas de toros, la caza y el maltrato animal (véanse las quejas del leonero del Retiro sobre el trato de los visitantes a las fieras) no desaparecieron, por supuesto (no podemos esperar de la España del XVIII lo que no se ha conseguido aún en la del XXI), pero sí que se pueden apreciar algunos efectos del Siglo de las Luces. Encontramos en la realeza española del XVIII ciertas actitudes hacia los animales que podríamos calificar como “burguesas”, cada vez más cercanas a nuestra idea actual de mascota, un animal que entretiene y acompaña en el ámbito doméstico, que “alivia soledades”<sup>2</sup> y con el que se crean vínculos de afecto (el capítulo sobre los perros es significativo en relación a los “animales de compañía”). En la línea de una diversión “civilizada” pero también suntuosa podemos situar el gusto de los Borbones españoles por “animales de cámara” como los adiestrados pájaros cantores o los exóticos loros parlantes.

---

<sup>2</sup> Según el título de uno de los epígrafes del libro y el título que el profesor Gómez-Centurión dio a una de sus ponencias: “Aliviando soledades: los animales de cámara en la corte española del siglo XVIII” (en el Congreso celebrado en la Complutense y organizado por Gloria Franco Rubio, *Nacer, vivir y morir. El ritmo cotidiano en la España Moderna*, Madrid, 12-14 de abril de 2010).

El espíritu del siglo se aprecia igualmente en los intentos de utilizar a los animales para la reforma del país, en aras del bien común. Arbitrios diversos refrendados por el poder apostaron por transportar ciertas especies para que se reprodujeran y asentaran en España. Entre los animales “exóticos pero útiles” que intentaron implantarse en los campos experimentales de los Reales Sitios encontramos a los camellos, los búfalos, las reses suizas o los avestruces.

Típicamente dieciochesco fue también el interés científico por las especies desconocidas. La conexión entre el animalario de la Corte y el Real Gabinete de Historia Natural (a donde iban a parar automáticamente los especímenes fallecidos), era directa. A finales del XVIII se publicaron dos obras protegidas por el poder, tales como la *Colección de láminas que representan los animales y monstruos del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid* (Madrid, 1784) o la traducción de Pedro Estala de *Compendio de la Historia Natural* de Buffon (Madrid, 1802-1811).

Claro está, el coleccionismo de prestigio no se detuvo en el siglo XVIII. El capítulo dedicado a los elefantes de Carlos III no sólo demuestra el interés y la fascinación del monarca por estos animales, revela igualmente las labores diplomáticas y el coste material y personal que supuso conseguir a cada uno de ellos<sup>3</sup>. Al mostrar estos animales al público, igual que a las fieras del Buen Retiro, Carlos III hacía que esas posesiones extendiesen su prestigio fuera de la Corte. Libros, animales u obras de arte formaban por igual parte del patrimonio real, futuro patrimonio nacional. La exhibición al público de la fauna del Buen Retiro anticipaba a los zoos burgueses igual que la apertura de la Real Biblioteca por Felipe V en 1712 había sido el germen de la futura Biblioteca Nacional (habría que esperar a 1819 para la apertura al público de las colecciones artísticas).

Otra de las interesantes perspectivas que ofrece *Alhajas para soberanos* es el estudio del personal empleado en el cuidado de los animales del rey y de la familia real. Como experto en el organigrama de las Casas Reales así como en su vida cotidiana, el autor ofrece datos sobre los pajareros, los cuidadores de los elefantes de Carlos III o los encargados de alimentar a los animales del Buen Retiro. Hacía falta tener cierta cualificación para cuidar a los paquidermos y aún mayor para enseñar a cantar a los pájaros; para alimentar a estas aves y entrar en las habitaciones reales era

---

<sup>3</sup> El caso de la obtención de camellos en el norte de África durante el mismo reinado es otro buen ejemplo de la necesidad del empleo de la diplomacia, la aventura o el derroche para conseguir estos vivientes artículos de lujo.

imprescindible una librea acorde. En el caso del Retiro, el hecho de que los leones comiesen mejor que el personal que lo alimentaba explica numerosos casos de fraudes y de despidos en torno a estos personajes.

Un estudio profundo de temas tan específicos no habría sido posible sin un concienzudo trabajo con las fuentes primarias y secundarias. El autor maneja una amplia bibliografía escrita en varios idiomas, si bien resulta especialmente reseñable su labor de archivo. El grueso de la documentación primaria proviene del Archivo General de Palacio, donde Carlos Gómez-Centurión supo encontrar información que abarca todo el proceso desde la captura o la cría del animal, la gestión para el traslado de estas “mercancías vivas” (aunque muchas de ellas morían por el viaje o por la falta de aclimatación a su destino), los gastos y los avatares de su cuidado, y su fallecimiento, así como la impresión que estos seres causaron a sus dueños o a la gente que los observaba. Gracias a la localización de registros y cuentas no sólo podemos saber el número de ejemplares de tal o cual especie, sino los gastos que acarreaban.

Todas estas fuentes escritas van acompañadas en el libro de una serie de imágenes de la época que el lector disfrutará sobremanera (una lástima que muchas otras se quedaran en el tintero para no disparar los gastos de edición). Recreaciones como la pelea entre el león, el oso, el toro y los perros de Jan Van der Straet, o retratos de animales como el oso hormiguero por el círculo de Mengs y la cebra por Luis Paret nos abren una ventana a la Edad Moderna y ponen en evidencia que los animales también podían ser protagonistas, y no sólo una simbólica compañía en los retratos de cámara.

Digamos por último que *Alhajas para soberanos* cumple con la difícil misión de ser un libro riguroso científicamente sin dejar de ser ameno. A la cuidada prosa del autor hay que sumar numerosos episodios que sin duda conmoverán al lector, unas veces negativamente por el diferente umbral de crueldad que tenían nuestros antepasados, pero otras de manera positiva gracias a episodios entrañables, como el de la amistad entre un tigre con afección ocular y una perrilla que le lamía los ojos para aliviarle el dolor (p. 419), o verdaderamente simpáticos, como el comentario de José de Gálvez sobre unas avestruces encargadas por Carlos III: «a ver si les sucede lo que a los guanacos [que murieron de camino] y nos ahorramos el trabajo» (p. 63).

Por desgracia, la prematura muerte de Carlos Gómez-Centurión a finales de 2011 nos priva de futuros trabajos de un historiador en plenitud que al menos tuvo tiempo de concluir el que sería su último libro, una verdadera alhaja para el público soberano.